

Ser liberal en la era de los Imperios. A propósito del libro de la profesora María José Villaverde Rico, Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo

(2022) Guillermo Escolar
Madrid, 404 pp.

Paloma de la Nuez Sánchez-Cascado
Universidad Rey Juan Carlos
ORCID ID 0000-0003-2714-4533
paloma.delanuez@urjc.es

Cita recomendada:

de la Nuez Sánchez-Cascado, P. (2023). Ser liberal en la era de los Imperios. A propósito del libro de la profesora María José Villaverde Rico, Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 25, pp. 431-435

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2023.8012>

Recibido / received: 14/07/2023
Aceptado / accepted: 26/08/2023

La lectura de este interesantísimo libro de la profesora María José Villaverde resulta, cuanto menos, inquietante. Sobre todo, para aquellos que tenían una visión del autor de *La democracia en América* mucho menos amplia, profunda y compleja de la que se ofrece en esta obra. Sin embargo, ya nada volverá a ser lo mismo, porque para cualquiera que desee conocer a fondo y sin prejuicios el pensamiento de Tocqueville (1805-1859), este libro es imprescindible.

Seguramente cada época tiene la historiografía que le interesa y que se merece. Y en el momento actual, en consonancia con las transformaciones del mundo contemporáneo, existen nuevas tendencias que insisten más en la pluralidad, la heterogeneidad y las perspectivas no eurocéntricas (fundamentalmente las llamadas «postcoloniales» y «decoloniales») que investigan las relaciones entre el liberalismo, el colonialismo y el imperialismo europeo del siglo XIX con el objeto –en la inmensa mayoría de los casos– de sacar a la luz y denunciar lo que consideran una alianza falaz y peligrosa. Y, precisamente, las ideas de Tocqueville sobre la conquista de Argelia (aunque también escribió sobre Canadá, Irlanda y la India) ofrecen la posibilidad de indagar sobre las consecuencias que aquella alianza tuvo en nuestro pasado reciente y tiene aún en nuestro presente, cuestionando seriamente la imagen que hasta entonces teníamos de un Tocqueville liberal, defensor de los indios americanos (la denuncia de su situación en *La democracia en América* es



demoledora), partidario de abolir la esclavitud y a favor de la igualdad democrática (en la que veía traslucirse los designios de la Providencia), aunque con matices.

Pues bien, María José Villaverde no rehúye el debate. Todo lo contrario; explica ese cuestionamiento por parte de ciertas interpretaciones críticas de los últimos años (como las de Mary Lawlor, Melvin Richter, Jennifer Pitts, Hélène Thomas, Kevin Duong, etc.), señala sus méritos y sus fallos y ofrece su propia interpretación. Porque si una cosa queda clara tras la lectura de su libro, es que la autora está al corriente de estas nuevas interpretaciones, y que prácticamente ha leído todo lo que humanamente es posible leer hoy en día sobre un clásico del pensamiento político como es Tocqueville, como queda reflejado, además, en la amplísima bibliografía final y las innumerables notas que inundan un texto muy bien escrito.

Y no nos referimos solamente a libros y artículos, sino a toda clase de documentos: cartas personales, intervenciones en el Parlamento, discursos, informes etc., que ofrecen una visión mucho más completa, no exenta de contradicciones y ambigüedades, no sólo del autor francés, sino de muchos de sus coetáneos, amigos, políticos e intelectuales de diferentes ideologías porque –como recuerda nuestra autora– favorables a las colonias fueron casi todos: conservadores, liberales, socialistas y marxistas (algunos de ellos, también bastante racistas). Y es que, como buena historiadora de las ideas políticas, Villaverde las coloca en su contexto histórico e intelectual y demuestra conocer muy bien la historia política de la Francia en la que Tocqueville vivió y desarrolló su vocación y carrera política como diputado y ministro, aunque en este último caso por poco tiempo.

Y he aquí el *quid* de la cuestión. ¿Puede un político, enfrentado a la realidad histórica de su tiempo, ser plenamente fiel a sus principios? ¿Hay que asumir que todo aquel que se dedica a la política práctica, tarde o temprano tiene que renunciar a sus creencias más profundas? ¿Son las contradicciones de un político fruto de sus intereses y estrategias políticas? ¿Triunfa, entonces siempre, la *Realpolitik*? ¿Es cierto –como sostenía Lord Acton– que la cercanía al poder puede confundir el intelecto y corromper la conciencia?

Si hiciésemos caso a las advertencias de este insigne historiador liberal no deberíamos disculpar jamás el abandono de nuestros principios morales, menos aún el hombre de Estado. La política es precisamente una cuestión de principios, pero ya en su época y precisamente por eso, se le consideraba un pensador e historiador inflexible que no perdonaba ni justificaba nada: ni por la categoría de los protagonistas de la historia, ni por el contexto de la época en cuestión, ni por el espíritu de los tiempos ni por necesidad o utilidad. Lord Acton, más que tratar de entender a los actores históricos que estudiaba, los juzgaba sin piedad ni posibilidad de perdón, y si el lector comulga con esos preceptos seguramente tampoco absolverá a Tocqueville al que, por cierto, el católico inglés leía con mucho interés (Lord Acton, 2010).

Sin embargo, María José Villaverde no se arroga el papel de juez; ella confiesa que lo que pretende es entender el porqué de esas contradicciones que encontramos en el pensador normando. Se trata de comprender, no de acusar ni de justificar. Y es que la realidad política es mucho más prosaica y exige compromisos y obligaciones a las que no se tienen que enfrentar el teórico político que vive en el mundo de las ideas, como bien pudo comprobar más de una vez el propio Tocqueville, sobre todo en relación a la conquista francesa de Argelia que es el tema nuclear de este libro.

Por todo esto, María José Villaverde trata de explicar (y lo hace muy bien) el origen y el desarrollo de la colonización de Argelia desde 1830. Un asunto al que

Tocqueville dedicó mucho tiempo y esfuerzo, viajando incluso dos veces en los años cuarenta a la colonia para conocer *in situ* la realidad del país.

Y es precisamente la cuestión de Argelia la que ha suscitado todo ese gran debate al que aludíamos al principio sobre la relación entre el liberalismo en general y el liberalismo de Tocqueville en particular, con el imperialismo, el nacionalismo e incluso el racismo de entonces y ahora. Porque muchos autores creen que no es que se impusiera la *Realpolitik* sobre las profundas creencias liberales de Tocqueville, o que su liberalismo fuera hipócrita, incoherente e inconsistente, sino que la cuestión de fondo es que –como afirman T. Todorov, J. Saada o S. Luste Boulbina– es el mismo liberalismo el que conduce al imperialismo. De hecho, el pensador búlgaro nacionalizado francés, considera que el nacionalismo amoral de Tocqueville sería el corolario lógico de su liberalismo. Por lo tanto, no existe ninguna contradicción que salvar (Todorov, 1988, pp. 9-34).

No es esta la opinión de Villaverde. Ella reconoce que el aristócrata francés, aunque denuncia y critica a menudo la administración francesa en Argelia, por sus errores y crueldades, asume con realismo que Francia necesita de la colonia precisamente porque en el contexto geopolítico del momento había que desafiar la hegemonía de Inglaterra y recuperar la grandeza de una Francia humillada, así como su protagonismo en la esfera internacional. Es decir, de alguna manera el sentimiento nacional francés (que no el nacionalismo) se habría impuesto a sus principios liberales.

No obstante, jamás defendió Tocqueville la conquista de Argelia apoyándose en argumentos racistas ni mucho menos. A pesar de que fue muy amigo de Gobineau (y el capítulo que dedica nuestra autora a esa amistad es interesantísimo), nunca pensó que hubiese razas superiores e inferiores. De hecho, Tocqueville hubiese deseado una colonización pacífica de Argelia, y propuso la fusión de árabes y franceses en un único pueblo, aunque luego comprendería que ese proyecto de integración no iba a producirse nunca e incluso percibió claramente el odio y la humillación que la conquista provocaba entre los árabes, y profetizó que las colonas se perderían en el futuro sin remedio. Quizás por todo ello, acabará justificando el uso de la violencia y medidas políticas muy poco liberales, que es lo que resulta más difícil de digerir para aquellos que siempre admiraron a Tocqueville por su liberalismo humanitario que había abogado por el fin de la esclavitud y la defensa de los negros y nativos americanos, como ya indicamos con anterioridad.

Pero Villaverde no elude ninguna de estas incómodas cuestiones y ofrece su propia interpretación: es básicamente el contexto histórico y las razones políticas lo que explica esas contradicciones. De hecho, el autor francés entendía la colonización como un proyecto ético y civilizatorio (creía, eso sí, en la superioridad de la civilización occidental como tantos otros europeos de aquella época) que sería, además, beneficioso para la ciudadanía francesa que, como ocurre en las sociedades cada vez más democráticas e igualitarias, necesita ir más allá de sus preocupaciones particulares, a menudo mediocres, y salir de su aletargada existencia y revivir su espíritu cívico. De alguna manera, tener un imperio también «civilizaría» a la población de la metrópoli.

Es decir, habría un tipo de expansionismo europeo que atentaría contra la libertad e igualdad de los pueblos colonizados (por ejemplo, el imperialismo económico de los ingleses en la India, lo que lo enfrentaría a su amigo J. Stuart Mill, otro liberal), pero también podría darse otro tipo de expansionismo europeo que promoviese la libertad –la idea más querida para el autor francés– la civilización y la integración de las culturas. Una especie de «colonialismo altruista y humanitario», un

«imperialismo liberal bueno», si algo así es posible. Porque, en realidad, según Villaverde, para Tocqueville la grandeza de Francia consistía en difundir por el mundo los principios liberales de la revolución de 1789 impulsando la libertad dentro y fuera de su país. En última instancia, como ya señalamos, las razones de su apoyo a la conquista de Argelia, a pesar de todas sus reticencias, fueron políticas.

Sin embargo, puede que esta respuesta no acabe de satisfacer plenamente al lector. Entre otras cosas porque –como recoge y explica con rigor la autora del libro– no todos los ilustrados y liberales defendieron el colonialismo. Más bien, todo lo contrario (tanto por razones políticas y morales como económicas). Y por eso desfilan por las páginas del libro los nombres de Diderot, Adam Smith, J. Bentham o Constant, entre otros, en un repaso de las relaciones entre la Ilustración (de la que la autora es también especialista), el liberalismo y el colonialismo. Pero es cierto que algunas de las ideas que circulaban por Europa en el siglo XVIII podrían interpretarse en un sentido favorable al expansionismo y al colonialismo. Nos referimos, fundamentalmente, a los conceptos, casi siempre unidos, de civilización y progreso.

Como explica la profesora M^a Luisa Sánchez-Mejía (a la que la autora de este libro se refiere en más de una ocasión), la dicotomía «bárbaro-civilizado» atraviesa todo el pensamiento europeo desde la Antigüedad (G. López Sastre, F. Martínez Mesa, M. Rodríguez García y M. L. Sánchez-Mejía, 2022). Y es, precisamente, durante la Ilustración, que el concepto de civilización se relaciona con el progreso desde la barbarie hasta una meta final (el estadio civilizado) que se caracteriza, en líneas generales, por el advenimiento de una sociedad comercial, el uso de la moneda, la existencia de la propiedad privada, el imperio de la ley, un gobierno y una administración racional, además de unas maneras suaves y «costumbres dulces» en gran parte consecuencia de la influencia de las mujeres. Es decir, ser civilizado es ser como los europeos: compartir sus costumbres y valores que, ciertamente, se consideran superiores a los de otros pueblos.

De acuerdo con la narrativa de las Luces, todos los pueblos de la tierra estaban llamados a alcanzar esa dichosa meta y a algunos ilustrados y liberales, esa idea los condujo a intentar acelerar el proceso defendiendo la expansión de la civilización europea por todo el planeta, aunque no todos lo hicieron, porque algunos como Mirabeau, Mercier o Raynal tenían serias dudas y eran conscientes de los efectos negativos que dicha expansión podría provocar. Pero es cierto que –como sostiene Villaverde– lo que ocurrió fue que, a partir de los años treinta del siglo XIX, aquel colonialismo de siglos anteriores fue convirtiéndose en un imperialismo racista y agresivo que abandonó los principios liberales heredados en gran medida de la Ilustración.

Por otra parte, esas y otras contradicciones fueron denunciadas ya en su época, fuera y dentro del mundo liberal. Entre otras cosas, porque muchos de los primeros pasos para la liberación de los esclavos o la igualdad de las mujeres los dieron los propios liberales, al señalar la dignidad de todos los individuos. Y al hacerlos libres e iguales en derechos y deberes, la idea liberal de autogobierno tuvo un alcance revolucionario real que también estimuló ideas como la de la independencia nacional. Es decir, el que existan contradicciones o incluso traiciones al intentar llevar a la práctica el ideario que uno defiende (sea este liberal o no), no invalida la pertinencia, valor o necesidad de ese mismo ideario.

En definitiva, la autora cree que lo que no se puede afirmar de ninguna manera es que la Ilustración o el liberalismo lleven inexorablemente al imperialismo, como tampoco lo cree Helene Rosenblatt, autora de *The Lost History of Liberalism* (2018), libro que ha tenido mucha repercusión, y en el que señala que, a pesar de muchas

obras recientes empeñadas en desenmascarar al liberalismo por su elitismo, sexismo, racismo o imperialismo, ella cree que, sin negar ese lado oscuro, al colocar las ideas liberales en el contexto de su época, se obtiene una visión más compleja y menos sesgada del asunto (Rosenblatt, 2018), en lo que coincide con la profesora Villaverde que, precisamente por escribir desde una perspectiva liberal, entiende que de lo que se trata no es de juzgar ni de disculpar, sino de comprender y aprender.

Con todo, probablemente no haya respuesta alguna que pueda satisfacer completamente a un lector con simpatías liberales. Quizá –como pensaba Judith Shklar– el liberal tiene que asumir esa complejidad del liberalismo; sus contradicciones y diversidad (Shklar, 2022). O asumir la difícil, sino imposible, relación entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad cuando uno se dedica a la política. Y, quizás también por todo ello, la emoción liberal por excelencia, y que tanto identificamos con el propio Tocqueville, sea la melancolía.

Precisamente, el gran historiador español de las ideas políticas, Luis Díez del Corral, describe muy bien esa amargura y decepción que la política práctica produjo en Tocqueville haciendo que deseara fervientemente abandonarla (Díez del Corral, 1965). Probablemente su sensibilidad moral que, tras la lectura de este libro y a pesar de los críticos, es difícil negar, lo condujo a buscar consuelo en aquella actividad intelectual que casi nunca lo decepcionó: el estudio y la lectura de sus libros.

Bibliografía

- Acton, L. (2010). *Ensayos sobre la libertad y el poder*. Unión Editorial.
- Díez del Corral, L. (1965). *La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Losurdo, D. (2007). *Contrahistoria del liberalismo*. El viejo topo.
- Rosenblatt, H. (2018). *The Lost History of Liberalism. From Ancient Rome to the Twenty-First Century*. Princeton University Press.
- Sánchez-Mejía, M. L. (2022). Civilización, progreso y colonización. En G. López Sastre, F. Martínez Mesa, M. Rodríguez García y M. L. Sánchez-Mejía (eds.), *Las luces del progreso y la conciencia de la Modernidad* (334-359). Tecnos.
- Shklar, J. (2022). *Vicios Ordinarios*. Página Indómita.
- Todorov, T. (1988). Tocqueville et la doctrine coloniale. En A. Tocqueville, *De la colonie en Algerie* (9-34). Complexex.